

donde tinieblas, y en tinieblas serán pronta las sombras de la muerte. ¿Será posible que haya quien huya de la luz, quien se aleje del soberano Sér, y quien desprecie los únicos tesoros dignos de una alma inmortal?

Luego que se amortiguó la fé, que se entibió la caridad, se vió precisada la Iglesia á imponer á sus hijos la obligacion de ir por la Pascua á alimentarse de la carne del Cordero. ¡Qué vergonzoso es para nosotros volver la vista al retrato que la religion nos hace de los primeros cristianos! Estos hubieran querido morir, ántes que vivir alejados de los sacramentos; los de nuestros tiempos quieren mejor morir en la culpa, que acercarse á ellos. La Eucaristía era en algun modo su pan de cada dia; así es que hallaban en su frecuente uso aquella fuerza sobrenatural y divina con que se presentaban á los tiranos, quebrantaban las cadenas, desafiaban á los verdugos, y amansaban á los tigres y leones. ¡Qué dirian aquellos hombres enteramente espirituales, viendo la desidia y melindre de los cristianos de ahora en el uso del Pan de los ángeles? Se escandalizarian sin duda de ver las precauciones y rodeos de que es preciso valerse para anunciarle á un enfermo que es preciso que disponga su conciencia, que arregle sus bienes, y que se prepare para recibir la visita de su Dios; como si el salir del miserable estado del pecado, el evitar los disgustos en su familia, y lo que es mas, cómo si aquel que es el camino, la verdad y la vida, debiera causar susto con su presencia. Pero apartemos la vista de los escándalos que horrorizan al mas estúpido. Los sacramentos, lector mio, fueron siempre la fuerza, el refugio y la dicha del verdadero cristiano. Sin ellos nuestro culto seria estéril, y una ceremonia puramente exterior. Los sacramentos ponen el sello de la santidad sobre una alma fiel: ellos la hacen partícipe de todas las gracias y dones del cielo; ellos en fin, forman de nuestros templos otros tantos lugares de asilo y de salud. No es la Arca de la alianza la que se halla en el altar, no la vara de Aaron, no las tablas de la ley, no los panes de proposicion, sino la víctima por excelencia, la verdadera fuente de la gracia, el pan verdadero de los cielos, el mismo Hijo de Dios. Con razon, pues, dice el grande Ambrosio: Si los cielos se abren, no hallarémolos en ellos cosa mas santa que la que reside en nuestros tabernáculos. Acercaos, pues, con frecuencia á participar de tantos, tan grandes y tan singulares beneficios.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Galo, abad, y San Florentin, obispo.

SAN GALO, ABAD.

San Galo fué de origen irlandés, y nació á mediados del siglo quinto, de familia noble, rica y virtuosa. Sus padres le dieron una educacion cristiana; y para que se perfeccionara en ella, lo pusieron al cuidado de San Columbano, que era monge del célebre monasterio de Bangor ó Bauchor. En este establecimiento de virtud adelantó mucho Galo en el camino de la perfeccion, ayudado de los santos y prudentes consejos de su maestro; y aunque su principal empeño fué aprender las sagradas Escrituras y las ciencias eclesiásticas, no por eso dejó de adelantar en la retórica, poesía y otros ramos de bella literatura. Su virtud y su modestia lo hacian recomendable entre los demas monges; y la observancia exactísima de los estatutos de su regla, le atraieron el aprecio de sus prelados. San Columbano se hallaba animado con muy vivos deseos de propagar por las otras partes de la Europa el mismo amor al retiro y el espíritu penitencial que habia procurado inspirar y fomentar en Irlanda; y con tal intento, y previa la licencia del abad, eligió doce monges para marchar á Inglaterra y Francia. San Galo lo acompañó en esta empresa, tanto porque lo animaba el mismo deseo que á Columbano, como porque no queria apartarse de su compañía en un tiempo que necesitaba mas de sus lecciones.

Por el año de 585, ó como otros creen, en 589, llegó Columbano á Francia despues de haber estado poco tiempo en Inglaterra, y eligió un sitio en los estados de Childeberto II, rey de Austrasia. Encontró gran proteccion en este monarca, que le suplicaba que permaneciera en su corte, y allí fundara su nuevo monasterio; pero Columbano no queria estar en el bullicio tumultuoso del mundo, sino en la tranquilidad de la vida solitaria; y para ejecutar sus planes, buscó un sitio retirado, y lo encontró en el monte de Vosga, lugar que divide la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia, y se halla en los términos de los obispados de Toul y Besanzon. Este fué el primer monasterio que fundó Columbano; y despues de estar aquí dos años, en los que aumentó considerablemente el número de los monges, se trasladó á Borgoña á instancias de Agnaldo, pa-

dre de San Aby, que le ofreció una casa de campo en Luxeu, donde fundó el segundo convento. Nuestro santo acompañó á Columbano para hacer esta nueva fundacion, y fué el primero que se sujetó á las reglas austeras que le puso el fundador.

Vivian tranquilos y llenos de delicias San Columbano y San Galo en su retiro, hasta que Teodorico los arrojó de sus estados por haberle reprendido los escesos de su desenfrenada lascivia, y fueron desterrados á Nántes; pero se apartó el maestro del discipulo, porque San Galo se refugió á la corte de Teodoberto, rey de Austria, donde encontró casualmente á Columbano, á quien una fuerte tempestad habia arrojado á las costas de Flandes, y habia buscado asilo en los dominios del mismo Teodoberto. Deseaban retirarse á Italia los dos santos; pero no lo permitió Teodoberto, y eligieron el sitio solitario de Seuh, en los dominios de éste, para continuar su vida eremítica. En efecto, allí formaron dos celdas estrechas para su habitacion, y se dedicaron á la conversion de los idólatras que vivian en los contornos de aquel lugar. Predicaron el evangelio con grande fruto, y destruyeron los falsos simulacros de la idolatría; pero esta conducta ofendia la supersticion de aquellos adoradores de las falsas deidades, y se contrajeron grandes enemigos que los perseguian descaradamente. Abandonaron el lugar, y caminando sin destino fijo, encontraron á un sacerdote llamado Willimar, que sabiendo su intento, les dió noticia de un sitio cercano donde se encontraban unas ruinas en lo mas escondido de un bosque, y podian servirles para celdas. Oyeron con sumo agrado esta noticia los dos santos, y tomando las señas del lugar, se dirigieron á él. Encontraron un bosque espantoso por su soledad y casi inaccesible por la espesura de los breñales de que estaba rodeado, y aquí vieron una pequeña capilla dedicada á San Aurelio, notando en las paredes de ella, colgadas las imágenes de algunos idólos que Galo destruyó, dedicándose á predicar la doctrina santa, y convirtiendo á muchos idólatras. Para hacerse Galo mas inteligible á ellos, aprendió perfectamente el idioma del pais donde estaba, y en él predicaba á las gentes, y las persuadia á seguir la religion de Jesucristo.

Aquí, lo mismo que en todos los otros lugares donde habia estado San Columbano, tuvo muchos imitadores que deseaban seguir la vida monástica, y en poco tiempo se vió fundado un nuevo monasterio en aquellas ruinas. Entonces se ordenó de sacerdote San

Galo que lo habia resistido por su humildad, y habia permanecido de diácono desde que fué ordenado en el primer monasterio de Irlanda. Costó grande trabajo que subiera al sacerdocio, y solo el influjo que ejercia en él su maestro Columbano, lo hizo recibir esta dignidad. El se persuadió de que las costumbres de un sacerdote deben ser mas puras y santificadas, y desde que se ordenó aumentó sus penitencias, dobló sus oraciones y se apartó de todas las consideraciones mundanas para servir únicamente á Dios. Sus penitencias eran muy austeras, sus ayunos continuos, y todas las mortificaciones que en su vida estuvieron ocultas por su modestia, se descubrieron despues de la muerte por los crueles instrumentos que se le hallaron, y con los cuales las practicaba. Se apartó Columbano de Galo, porque el primero tuvo necesidad de pasar á Roma, y el segundo se quedó en el monasterio al cuidado de los monjes; pero muy pronto se vió precisado á separarse de ellos, porque una grave enfermedad lo hizo pasar á Arbon para curarse en la casa del virtuoso Willimar. Apenas se sintió restablecido, cuando volvió á las delicias de su amada soledad, para trasladarse despues á otro lugar aun mas retirado llamado Breguentz que le señaló Hiltibold, que era diácono del sacerdote Willimar. Se encontró con un páramo sin habitacion, y trazó una iglesia que habia de edificarse para fundar el nuevo monasterio, dedicado á la santísima Virgen María. La fama de su santidad no le permitia estar ignorado del mundo, como él deseaba, y el duque de Buzon, á cuya hija habia librado del demonio, el clero de la diócesis y todo el pueblo solicitaron que fuera obispo. Galo, que por su humildad se habia resistido á ser sacerdote, dobló sus esfuerzos para que no lo promovieran á la silla episcopal, y solo consiguieron las instancias del duque que señalara uno de sus mas virtuosos discipulos para que recibiera la mitra.

El diácono Juan fué el elegido por Galo, y algun tiempo lo acompañó y lo ayudó con sus saludables consejos para el buen gobierno de la diócesis, restituyéndose poco despues á su soledad. Entonces edificó la iglesia que ántes habia trazado, y puso al rededor de ella doce celdas para otros tantos monjes que habian de habitar en ellas, resultando de aquí el origen del monasterio que se llama de San Galo, y hoy existe entre los suizos en una ciudad que tambien tiene este nombre. Puso Galo reglas prudentes á este nuevo plantel de virtudes, y les inspiró el mas ardiente celo por la vida mo-

nástica y por la perfeccion cristiana. Ni el nombramiento de abad que recayó en Galo por muerte de San Fustaquio que lo era de Luxeu, ni la triste noticia de la muerte de su maestro Columbano, lo hicieron abandonar su retiro, sino que renunciando la abadía á que jamas habia aspirado, vivió muchos años en su monasterio, hasta que en el de 646 murió el 16 de Octubre en la casa de Willimar que lo habia hecho venir de su convento para que asistiera á la festividad de su parroquia.

San Florentin, obispo.

Ningunos pormenores hemos podido conseguir de la vida de este Santo, y solamente el Martirologio romano refiere que en Tréveris se celebra. Ponemos esta noticia por solo satisfacer á los que llevan el nombre de este Santo.

La Epístola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría. (Eclesiástico). (pág. 25.)

Fué amado de Dios y de los hombres &c.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo. (pág. 25.)

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves &c.

MEDITACION.

Sobre las excelencias del estado religioso.

Considera que así como un buen sistema de gobierno produce la paz y el orden, y da en todo los mejores resultados, el sistema admirable del estado religioso produce en los claustros la paz y el orden mas apetecible, y la union mas fraternal y mas útil entre los individuos de una comunidad religiosa. El cultivo que cada uno de por sí da á las virtudes monásticas, y con que procura su propia perfeccion aun es preciso que redunde en bien de la comunidad y aun del pueblo, que se edifica con solo lo que puede observar de la armonía, de la piedad, de la modestia y demas virtudes de las personas religiosas. Semejante una Orden que se halla en perfecta observancia á una máquina curiosa y bien organizada, no puede menos que producir los mejores efectos. En el interior reinan el orden, la exactitud, el zelo discreto, la correccion fraterna, la caridad y la misericordia, juntos con la piedad, la devocion, la santa simplicidad, el amor á la pobreza, la humildad, el silencio, la obediencia,

la pureza y recato, el amor á la cruz y á la mortificacion, y todo combinado de manera que trabajando cada uno en su propio aprovechamiento, trabaja para el bien comun; y empleándose en éste, saca su propio adelantamiento y perfeccion. ¡Oh! bella república, en que no solo se proclama la igualdad, sino que cada uno quiere ser ménos y se humilla mas profundamente; donde se tiene horror al mando, donde se huye de las distinciones, donde se olvida el propio interes, donde no se hace alarde del trabajo ni se vocifera el propio mérito, donde se ocultan y disimulan las prendas mas relevantes, donde se ama la verdad y se profesa la sinceridad, donde se ven, por último, los hombres mas sábios y mas santos, desprendidos de su propio juicio y propia voluntad, vivir bajo la direccion espiritual, y seguir como simples ovejas el camino que les marca la voz del superior.

Considera que así como la perfeccion individual produce el orden de la comunidad, así éste presta al individuo los medios convenientes para llevar una vida tan útil como deliciosa. Bajo la sombra y abrigo de la religion vive el monge seguro y sin los cuidados y afanes que traen de continuo los que buscan su bien temporal: la subordinacion, el encierro, las mortificaciones y todo lo que tiende á domar las pasiones y privarle de su libertad exterior, produce en su intetior una perfecta libertad de espíritu y una paz inalterable, con que, domados y vencidos todos sus enemigos, puede ya dedicarse sin estorbo al objeto interesantísimo de su aprovechamiento espiritual; para el cual sigue el espíritu de Dios y en él encuentra, como dice San Pablo, la verdadera libertad. El orden de la vida monástica le hace aprovechar su tiempo, porque en todo él está dedicado á objetos útiles con que ilustra su mente y mejora su corazon. La modestia, la guarda de sentidos, la abstraccion del trato, el silencio conservan expeditas sus potencias y calmado su espíritu, de modo que siempre está apto para usar de su discurso y conocer la razon: la mortificacion y penitencia y todo lo que forma una perfecta abnegacion propia, lo pone á cubierto de la solicitud de sus apetitos, del ímpetu de sus pasiones, y de la agitacion toda y turbacion de ánimo que padecen los hombres inmortificados, cuando se ven privados del objeto de sus deseos. La oracion le presta luces brillantísimas para conocer su verdadero bien, y auxilios eficacísimos para lograrlo y afirmarse en él; y la obediencia le asegura de la rectitud y el acierto del camino con que se conduce á su felicidad eter-

na. ¡Oh, quién es capaz de conocer todas las ventajas que trae al hombre religioso la vida monástica!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Verdaderamente, Señor, que se produjo una cosa nueva sobre la tierra cuando tu increada sabiduría, habitando humanada entre los hombres, dió á estos las reglas de la perfeccion evangélica, inspirándoles el método con que pudieran practicarlas en la vida monástica. Viéronse entónces ángeles en carne hacer en la tierra una vida celestial: vióse resplandecer toda la grandeza de los cielos en la renuncia y en la fuga de todos los bienes y apoyos de la tierra, y en la ruina y desaparicion de todo lo que suena hombre ó criatura. ¡Oh, sea para mí esta obra de tu sabiduría no solo objeto de mi admiracion y mi pasmo, sino de mi aprovechamiento y solícita imitacion!

JACULATORIA.

Yo miro, ó Dios, una nueva y santa ciudad de Jerusalem descendiendo del cielo y adornada como la esposa ataviada para ponerse en la presencia de su esposo.

LECCION.

Para aprovecharnos de los sacramentos, debemos recibirlos con las disposiciones debidas.

Si tenemos necesidad de recibir los sacramentos para recobrar la gracia y aumentarla, ¿bastará recibirlos con frecuencia para ser buenos cristianos? No, á la verdad; es necesario que á la vez que nos acercamos á ellos, ya en cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Santa Madre Iglesia, ya por devocion, sea con las disposiciones debidas, de que otra vez hemos hablado, y explicaremos mas al tratar de cada uno en particular para recibirlos con fruto. Cuando los remedios eficaces y activos son inútiles á un enfermo, es señal de que está muy cercano á las puertas de la muerte; del mismo modo se debe juzgar de un cristiano que no se aprovecha de los sacramentos, que despues de frecuentarlos no se ve en él ninguna mudanza de vida: Es señal de que este cristiano está endurecido en el pecado, y que su salud espiritual está en gran peligro; sino es que creyéndose vivo está ya muerto y corrompido: *Incurable es tu fractura, malisima es tu llaga: la utilidad de las medicinas no es para tí*, dijo el Señor por su profeta Jeremías. Hemos visto que

los sacramentos fueron instituidos para nuestra santificacion; que tienen virtud por sí mismos de causarla precisa é indispensablemente, ¿de dónde, pues, proviene que recibéndolos tantas veces, nos santifiquemos tan pocas? De las ningunas disposiciones con que nos preparamos para recibirlos.

Los sacramentos son fuentes de agua viva que resalta hasta la vida eterna: ¿en qué consiste que lavándonos en ellas con frecuencia estemos tan manchados? En que nos acercamos sin limpiarnos ántes de la grasa del afecto al pecado con el fuego del dolor y arrepentimiento. Los sacramentos son el arca sagrada donde Jesucristo nuestro Señor depositó sus méritos. ¿Cuál, pues, es la causa de que recorriendo á ella tantas veces, estemos tan pobres de gracias y tan desnudos de virtudes? Porque vamos acompañados de las disposiciones de nuestros sentidos. Los sacramentos son medicinas saludables y eficaces; ¿de dónde nace que usando nosotros de ellas frecuentemente, estemos siempre enfermos. No puede provenir esto sino de la negligencia y descuido en prepararnos y en el modo indigno en recibirlos. Si os casais, no teneis el menor cuidado en prepararos para recibir este sacramento: vuestra intencion por lo regular no es la que debe ser, de proponeros por fin el dar á Jesucristo y á su Iglesia, hijos que le sirvan en santidad y virtud, no teneis sino pensamiento de liviandades y miras de intereses. Os confesais y comulgais como otros muchos en varias festividades; pero ni pagais á vuestros acreedores, ni restituís los bienes ajenos, ni os reconciliais con vuestros enemigos, ni dejais la ocasion de pecar, ni en fin, os enmendais de vuestros malos hábitos: ¿habrá, pues, que extrañar, que frecuentando los sacramentos de esta suerte no seais buenos, ántes bien os hagais mas pecadores? *La utilidad de la medicina no es para tí.*

Efectivamente, lo que ha de condenar á la mayor parte de los cristianos en el juicio de Dios, ha de ser el malo ó ningun uso que hacen de los sacramentos. Estos son unos medios preciosísimos de infinito valor y mérito, que Jesucristo nuestro Señor valorizó con su sangre, y nos dejó con la obligacion de aprovecharnos de ellos. Y bien, ¿hasta ahora nosotros qué hemos hecho? Abusar de ellos y conculcarlos. Cuanto mas venerables son nuestros sacramentos, tanto es mas criminal y abominable el acercarse á ellos de un modo indebido. Ellos son el fruto del amor de Dios para con nosotros, ¿se podrán recibir dignamente sin amarlos? ¿Se le ama-

rá sin cumplir los mandamientos, sin mudar una vida que conocemos no ser buena? Esta es la prueba que San Pablo pide para acercarse á la Eucaristía; ésta de la que siempre han hablado los padres de la Iglesia, conversion y mudanza de la voluntad.

El corazon no está purificado ni puede unirse íntimamente con su Dios sino cuando se despoja de todos los afectos terrenos, cuando se muda del hombre viejo y se viste del nuevo. Está pendiente del pecado y enredado en los lazos del demonio aquel que está muy sujeto á las recaídas, y que no huye las ocasiones de perderse. Estos mientras no den pruebas que acrediten una verdadera conversion, no deben participar de los sacramentos, sino es que quieran esponerse á frecuentes sacrilegios; por eso la Iglesia quiere que se niegue la absolucion á cualquiera que se haya estancado en el hábito de pecar. ¡Qué seria de nosotros! ¡Qué de nuestra religion si toda nuestra penitencia consistiese solo en declarar simplemente los pecados! Seria sin duda una mera ceremonia; un ademan afectado, que dejando al corazon sin amor, sin contricion, ni humildad, en lugar de ofrecer un sacrificio agradable al Señor, le presentaria un exterior farisaico. No nos cansemos: los sacramentos de la ley nueva en nada se parecen á las ceremonias judaicas: están instituidos para conferir por sí mismos la gracia; y no la confieren si no se reciben con una inocencia conservada ó recuperada con estable sinceridad. Cuando se participa de ellos procediendo un verdadero dolor de los pecados y acompañándoles una larga série de acciones virtuosas, son por su esencia muy favorables á las buenas costumbres. En verdad lo son en tal grado, que seria bastante llegarse á la sagrada Eucaristía una sola vez al mes, para ser el mas virtuoso de toda la tierra.

¡Dichosos pueblos, dichosas naciones si todos sus individuos participasen como se debe de los santos sacramentos! Entonces ya no se verian entre los cristianos, con tanto escándalo de los gentiles, robos, asesinatos y rapiñas; entonces las leyes y los pactos se guardarían fielmente; entonces los magistrados y autoridades todas serian respetadas; entonces finalmente el espíritu de paz y caridad, difundidos sobre la tierra, la convertirían en el antiguo paraíso, ¿De qué procede, pues, que entre los católicos haya tanta falta de virtudes y tanta abundancia de vicios? De la ninguna devocion, del poco respeto que se tiene á los sacramentos. ¡Cuán poco es el cuidado que se tiene en instruirse en estos adorables misterios! Si

conociésemos su grandeza y santidad, ¿qué empeño no tendríamos en participar de ellos? En vez de que fuese preciso obligarnos por mandatos de Dios y de la Iglesia, nosotros los socilitariamos con ansia; mas nuestra indiferencia, mejor diremos, nuestra dureza en este punto, da á entender que no los conocemos. Si los conociésemos los trataríamos con sumo respeto; pues las irreverencias que contra ellos se cometen, no son faltas ligeras que se han de castigar sin la debida severidad.

Dios no permita nos suceda tal desgracia. Pidámosle nos de aquella fé y grande aprecio, debidos á sus divinos misterios; que nos haga conocer lo admirable de sus sacramentos; que imitemos con su gracia el fervor de los Santos, que sacaron de ellos en todo tiempo tantos tesoros de dones celestiales; que nos preparemos dignamente para recibirlos; que experimentemos dia y noche sus saludables efectos; que purificados mas y mas, robustecidos en esta vida con su virtud, caminemos sin tropiezo por el camino de la perfeccion. De este modo si seremos verdaderos cristianos, pasaremos una vida santa y casi divinizada; nuestros apetitos quedarán debilitados, nuestras pasiones amortizadas y nuestra razon iluminada. No, no serán ya las tinieblas de Egipto las que ocupen nuestro entendimiento, sino los dones del Espíritu Santo; sí, del Espíritu de ciencia y fortaleza, de sabiduría é inteligencia, y sabiendo elegir lo bueno y apartarnos de lo malo, habremos conseguido el conocimiento y dignidad que nos eleven al noble rango de hijos de Dios y herederos de su reino.



DIA DIEZ Y SIETE.

Santa Heduwigis, duquesa de Polonia, y viuda.

Bertoldo III, marqués de Meran y príncipe de Corintia, é Ines, hija del conde de Rotlecht, fueron los padres de Heduwigis, que nació á fines del siglo undécimo. Tuvo tres hermanas, de las cuales la mayor se llamaba Ines, esposa de Felipe Augusto, rey de Francia; la segunda estaba casada con Andres, rey de Ungría, y la última se apartó del mundo para tomar el hábito en el convento de Lutzes, donde llegó á ser abadesa. Sus hermanos lo fueron Bertoldo, patriarca de Aquileya; Alberto, obispo de Baberg, En-